

siempre vejigatorios, y cuando alguno de sus accidentes estalle y venga á complicar á la enfermedad, os sorprendereis de ese fenómeno, y preguutaréis candorosamente de dónde puede venir.

Y entonces, seréis semejantes á un jardinero que se admirase de ver nacer legumbres en un pedazo de tierra en la que no hubiera arrojado semilla.—Me equivoco—en donde él hubiera sembrado algunos días antes.

Recuerdo haber leído en un autor antiguo, en el artículo «Gastritis,» que el estómago es como los médicos; cuando él está enfermo, no quiere remedios.

Los médicos; en efecto, son muy malos prácticos para los farmacéuticos; ellos les dejan sus medicamentos, pero sobre todo sus vejigatorios. ¡Pródigos de ese medio para con sus enfermos, ellos se guardan bien de ensuciar su piel, ni la de su mujer, ni la de sus hijos! Esto es bueno para entretener á los imbéciles.

Un día, un médico célebre gravemente enfermo, hizo llamar á dos colegas para que lo asistieran. Después de su consulta, viendo que le iban á aplicar vejigatorios: «¿me tomáis por un cliente?» les dijo con indignación.

El doctor Chapman refiere el hecho de un abogado de Londres,

orador distinguido, que tenía la costumbre de hacerse aplicar un vejigatorio siempre que iba á subir á la tribuna. El medio es ingenioso, ignoraba aún que la cantárida encerrase el estimulante de la elocuencia.

Pero, avancemos todavía en el campo de nuestra discusión. Cave-mos más profundamente el surco de la vieja preocupación, y veamos si podemos hallar la raíz del pretendido progreso.

En el centro de la llaga causada por el vejigatorio, pongamos lo que se llama un guisante de iris, practiquemos una compresión metódica sobre ese cuerpo extraño, por medio de una venda ó de un «aprieta-brazo,» y llegaremos á la producción de un **ORGANO NUEVO!!** del más hermoso progreso médico! dé un **CAUTERIO!!!**

Para cavar este nuevo órgano en el tejido de la piel, otros muchos medios pueden servir de punzón. El hierro candente, la acción fagedénica del calor, producida por substancias combustibles, los agentes químicos ó medicinales, como el ácido nítrico y sulfúrico, la potasa cáustica pura, el amoniaco, el tártaro emético, el cloruro de antimonio, la pomada arsenical, etc., etc.

He aquí al exutorio establecido, hé aquí el caño infecto por el que

deben correr toda clase de enfermedades, hé aquí á la fuente de las ilusiones, tan caras á los médicos—ó más bien tan «caras,» á los enfermos.

Los cauterios fueron conocidos de los antiguos. Los médicos de la Escuela griega usaban de ellos muy frecuentemente. Los excuso y les perdono de todo corazón. En aquellos tiempos no se conocía el vapor, los ferrocarriles, los buques de hélice, el heliógrafo, la galvanoplastia, la telegrafía eléctrica, etc. Los pasos eran lentos en las grandes vías de comunicación, la industria era lánguida, el pensamiento dormía helado en el cerebro de cada pueblo, la circulación del progreso estaba todavía adormecida en las frías arterias de la sociedad. ¡Pero en pleno siglo XIX! en el que estalla ese progreso é irradia en todo el universo, ¿os atrevéis á hablar de exutorios, de cauterios? ¿En dónde estamos, pues, gran Dios?

Quiero hacer mi confesión, y me atreveré á hacerla con la humildad y arrepentimiento de un pecador.

En el tiempo en que ejercía la vieja medicina, ningún médico era más partidario que yo de los exutorios. A propósito de nada, aconsejaba un vejigatorio ó vejigatorios; en toda enfermedad crónica aplicaba un cauterio, y esto lo ha-

cia con la más grande tranquilidad de conciencia. No hice muchas sangrías. Triller me hubiera llamado con toda justicia hemáfobo; pero para purgar, aplicar vejigatorios, cauterizar, había llegado á ser un maestro muy hábil; ciertamente, Galeno hubiera podido contarme en el número de sus más celosos discípulos, y hubiera sido digno de entrar á la docta facultad de Molière.

¡A cuántos horadé frecuentemente la piel! Ya era un anciano á quien quería destilar los humores, ya un niño á quien quería purificar el temperamento: otras veces era un hidrópico, á quien quería secar, ó un tísico, á quien trabajaba el pecho para fundir los tubérculos, algunas veces eran sordos y ciegos; que creían en un milagro próximo, cuando estaban provistos del muy poderoso exutorio.

¡Oh! ¡todos vosotros! cuyo organismo semejante á una barra de acero imantada lleva por armadura un pérfido exutorio; voz, joven, que dais á las llagas de vuestro pecho su cuenta de cada día; vosotras, madres crueles, que ahogais los gritos de vuestros hijos cuando curáis su brazo enflaquecido por esa úlcera artificial; vosotras, jóvenes, que alimentáis en el secreto del tocador á un sucio é infecto cauterio, creyendo conservar así

«cada día, entre los médicos. Jolly, en un artículo sobre la escrófula, dice que, muchas veces, los cauterios le han parecido ocasionar á esta enfermedad, pero no curarla.»

Podría citaros todavía otras muchas confesiones muy poderosas: tales, como las de Guersent, Velpeau, Piorry, etc. pero, os haga gracia de ello.....

Penetremos, en fin, hasta la última capa de la piel, y establezcamos al bárbaro sedal.

El sedal consiste en una mecha de algodón ó de seda, que se desliza debajo de la piel, por medio de una incisión.

Esta vez la maniobra es más profunda, persigue al enemigo hasta sus últimos atrincheramientos, va á atrapar á la enfermedad hasta su más espesa muralla; el sedal ha avanzado todavía algunos pasos más que el cauterio, en la escala del progreso.

El sedal es, en efecto, el más sorprendente progreso de la medicina. Verdaderamente, es de sentirse que nuestro siglo, tan progresista, no pueda reclamar el honor de su invención.

El sedal, es por desgracia contemporáneo de Galeno, quizá más viejo que él. Los médicos griegos empleaban mechales de crines de caballo. Para establecer el sedal,

ellos se servían de tenazas cuyos frenos eran anchos, aplastados y atravezados por un agujero en su centro. Pellizcaban, entre los dos frenos á un pliegue de la piel, introduciendo en los agujeros un fierro al rojo, y pasaban en seguida la mecha.

Pero, hoy, el progreso ha dado á ese procedimiento, muy suaves y felices modificaciones. Hay mechales de seda, ó listones de plomo laminado. Para ahuecar el paso de la mecha, ya no se emplea el fierro rojo, esto sería muy cruel. Se emplea un bisturí que se mete en la base del pliegue de la piel, ó mejor un estilete de punta lanceada, ó la lámina ancha de una aguja que lleva la mecha.

Para verificar la curación del sedal, se retira un poco el listón, y se corta toda la parte manchada por la supuración; y notad bien que, esta operación tiene lugar, á lo menos una vez al día.

¡He aquí al progreso!!! ¡He aquí el drenaje de los estanques patológicos! ¡He aquí á la verdadera gotera de la revulsión!

El medio está admirablemente hallado para herir la imaginación del buen pueblo, quien siempre ha sido la víctima de culpables experiencias. El vulgo siempre ha querido ser engañado: «Vulgus vult decipi,» dijo no sé que filósofo. El

enfermo se imagina que, al cortar una parte de la mecha del sedal, las tijeras le recortan diariamente, algunos centímetros de su enfermedad. El está contento, es dichoso, como el que, nutriendo á una solitaria, se felicita siempre que arroja algunos listones de su fatal parásito. Esto corre bien, supura bien, el enfermo pronto se secará.

¡Oh siglo del progreso! ¡Ilusión de ilusiones!

¡Oh todos vosotros que hacéis, ú os dejáis hacer sedales, quien quiera que seáis, no puedo saber la dosis de vuestro espíritu, pero os lo aseguro, el reino de los cielos os pertenece!

En el día del Juicio, á lo menos tendré el consuelo de no ver, en la balanza de mis pecados, el de haber hecho un sedal á ninguno de mis enfermos. Pero si nunca los he aplicado, he curado muchos en los hospitales. Ya se ponían en la nuca para disipar una amaurosis, ó una afección crónica de la nariz ó de las orejas; ya en el corazón, para pulir sus válvulas y limpiar sus rodajes; en otras regiones, para extraer un vicio orgánico del hígado, de los pulmones, de las articulaciones, ó para secar alguna hidropesía. Todavía me acuerdo de la primera vez que hice esa curación, sufrí tanto, como el enfermo. Se indignó mi corazón, y

me prometí no cometer nunca ese crimen de lesa humanidad. Tengo el consuelo de no haber faltado á mi promesa.

He aquí, una idea que quisiera realizar.

Si, por una investigación general, se examinara á todos los enfermos que hubiese, en este momento, atacados de una enfermedad crónica, se reunirían muchos, sin duda, y, en su número, se hallaría una muy buena cantidad de médicos. ¡Estoy seguro de que se descubriría una hermosa colección de sedales ocultos, pero en los médicos ninguno. ¡Vamos, esto es bueno para los clientes!

Todavía algunas citas forzadas, todavía un acto de esta comedia representado en la Academia el 8 de Enero de 1856. La misma escena, los mismos personajes.

Malgaigne:

«El sedal conviene cuando no se sabe lo que se va á hacer, y conviene aún, cuando se ignora que hacer.»

He aquí una..... bula fulminante!..... y lanzada del Vaticano alopático.

¡Mas, no es esto todo, escuchad!

Más adelante, el satírico profesor agrega:

“Se discutía en la Facultad, hace algunos días, el asunto de una

“memoria para el premio Corvisart. Yo propuse el sedal: ¿Y en donde queréis que se estudie esto? se me objetó, ¿acaso en vuestro servicio? Oh! no!..... Mis colegas dieron respuestas análogas á las mías. Uno solo me confió que él lo aplicaba algunas veces, pero me prohibió el nombrarle, amenazándome con desmentirme.” (Larga hilaridad.)

“Para no exponerme, callaré su nombre. No es, dice, que yo crea mucho en ello, pero es un medio que obra sobre la imaginación de los enfermos: produce un efecto moral.” (Risas).

Quien quiera que sea ese práctico desconocido, bien merecía una cinta roja en su ojal. «¡O comediante! diría ese propietario alemán que había consultado á tantos médicos.

En fin, el sábio académico se dirige á la generación nueva de jóvenes médicos, y les dice:

“Como M. Bouvier, me dirijo para obtener nuevas luces, á los miembros de la Academia, pero más allá de la Academia veo á una generación nueva, y le digo también:

“Buscad, no creáis nunca bajo palabra. Ved, pensad por vosotros mismos; no deis fe sino á la experiencia; id al servicio de M. Bouvier, y ved lo que él obtiene

“del sedal; pero, sabedlo, ese mismo Bouvier no sabe en este momento «ni por qué, ni cuándo ni cómo se debe servir de ese medicamento;» y lo que lo prueba, es que él apela á mí para decirlo, apelación, por cierto, desesperada.»

Escuchad, jóvenes médicos, la voz de vuestro profesor; ¿será la voz que clama en el desierto?

Escuchad aún á Piorry:

“El efecto que causan—dice hablando de todos los abusos de la revulsión,—hace olvidar á los dolores menos vivos, que antes habían tenido lugar. Esta es una acción ejercida sobre la moral del enfermo, que aleja su atención y termina por distraerle de su dolor.»

Como conciliar, con estas palabras, el anatema lanzado por el profesor contra todos esos medios. Porque después del discurso más elocuente, en el cual levanta la voz contra todos esos abusos, exclama:

“Me pregunto si el médico no podría ser menos cruel, si no debería tener más en cuenta al dolor, si á los ojos del médico las formas son indiferentes; si «para ellos mismos,» serían tan prodigiosos en exutorios, como lo son para con sus enfermos?»

Conciliad, si queréis, estos dos

fragmentos de un mismo discurso.

«¡Oh Comediante!»

Ahora bien, todas las sesiones de esas discusiones académicas, se han publicado en los periódicos alopáticos, y se continuará, no obstante, aplicando vejigatorios, cauterios y sedales.

Peor para los pobres enfermos, pero peor también para los médicos, cuya conciencia ligera continuará trasgrediendo las leyes decretadas por el concilio Académico; porque todos esos borrones, todos esos anatemas, emanando de tan altas autoridades, deberían, —á lo menos para ellos,—tener fuerza de ley.

En el siglo del progreso,—puesto que no sabéis hablar más que progreso,—¿no halláis, pues, para entretener á los enfermos más que medios tan crueles y tan bárbaros?

Haced revivir á Chapelain, y os dirá: UN GAUTERIO! UN SEDAL!..... «¡Oh: peluca, amiga mía!

«¿Has vivido tanto, sólo para esta infamia?»

¿No podríais, como los homeópatas, distraer á vuestros clientes haciendo juegos de escamoteo con los glóbulos? ¿No tenéis, para acariciar á su imaginación, el polvo blanco y el agua clara de esos charlatanes?

Que la vieja generación arrastre aún sus pasos en el sendero de las preocupaciones, hinchándose debajo del bastón de la rutina, lo comprendo y lo perdono. Pero, vosotros, jóvenes médicos, cuya misión es llevar á las familias llorosas el bálsamo y el perfume del consuelo, ¿vais á dejar vuestro corazón en las salas de disección, y á torturar friamente y “según el arte,” á las pobres víctimas que imploran los socorros de vuestro apostolado?

Pase todavía si todos esos medios fuesen entretenimientos para la imaginación y juguetes para los niños; pero para nada tenéis en cuenta al dolor, á las hemorragias, al infarto de los ganglios vecinos, á la lesión de las ramas nerviosas, al tétanos que puede sobrevenir: á la erisipela, á los abscesos, á la gangrena, consecutivos, etc.? ¡Y en todo esto no veis más que efectos morales! Imitad, pues, la franqueza de Marchal (de Calvi,) ved lo que escribió en su resumen sobre esta cuestión:

“Malgaigne tiene sobrada razón, dice, el sedal es un medio rutinario, aplicado las más veces sin discernimiento y sin indicación precisa, no teniendo OTROS EFECTOS sino el dolor, la tortura que siempre ocasiona, y los ac-

«cidentes que provoca algunas veces.»

¿Conocéis la manera como Magendie se conducía en las consultas?

Viendo un día que un colega estaba por los vejigatorios y otras supercherías semejantes: «¡Hacedlo, si esto os divierte!»

¿Qué hubiérais dicho, si hubiérais sido el enfermo, y si hubiérais oído estas palabras?

Pero, es preciso convenir, todos esos justos y severos preceptos, emanando de la boca ó de la pluma de los maestros de la ciencia, no se dirigen á la joven generación médica, y no están reservados sino á algunos viejos prácticos, entorpecidos en el carril de la rutina. Conozco á muchos jóvenes nuevamente salidos de las escuelas que, á este respecto, tienen las ideas más progresistas. Cuando consienten en el vejigatorio, no es más que para ilusionar al enfermo y á los que le rodean, pero no piensan ni en los cauterios, ni en los sedales, ni en las moxas, ni en otros medios tan insensatos.

¿Hablaré de este último, de las moxas? ¿Hay todavía algún médico que emplee esta tortura como pretendido revulsivo?

Comprendo que, semejante instrumento de dolor, nacido en China y en el Japón, sea empleado

por los médicos de esos países en donde no ha penetrado aún vuestro progreso. Comprendo que algún enfermo caído en la desesperación ó en el fanatismo de un Mucio Scévola, se entretenga, — como, por ejemplo, Hadý-Amedj, ex-bey de Constantina, — en torturarse la piel con rayas de fuego; pero, en Francia, semejantes tormentos deberían estar proscritos, y esas ideas deberían ser desterradas de todo cerebro medianamente organizado.

A aquellos que sin embargo, deseen conocer á la moxa, y estén tentados en ensayarla, me contentaré con decirles:

La moxa es un pequeño cono ó cilindro formado con algodón, ó cualquier otra materia combustible. Se le aplica sobre la piel, por su base, y se la enciende por la punta á medida que avanza la combustión, el calor se hace más vivo; se oye crugir la epidérmis; la piel se arruga, se pone amarilla, se aza y termina por tomar un tinte carbonoso.

¿Qué os parece? Un enfermo, ante un cirujano que le viene á proponer semejante suplicio, debería preferir hallar en el bosque á un ladrón que, poniéndole la pisto a al cuello, le pidiera la bolsa ó la vida.

Muy á menudo he oído decir,

hablando de ciertos remedios bárbaros: «Este es un remedio de caballo.» Siempre he tenido á esta locución, como demasiado exagerada.

Probadme, en efecto, que los animales sean más maltratados que los hombres, y que los veterinarios sean más crueles y más temidos que los médicos. ¿La medicina humana es más suave que la medicina hípica? Los hombres, bajo el aspecto patológico, son por el contrario cien veces más infelices que los caballos. Sus enfermedades son mucho más largas, más frecuentes, y sobre todo, mucho más complicadas. ¿Conoceis muchos caballos que tomen aceite de ligado de bacalao? ¿Hallaréis muchos caballos llevando, tanto tiempo como vosotros, un abominable cauterio? ¿Acostumbraríais á muchos caballos á una paciencia tal, que quisieran soportar todas las torturas que os impone vuestro doctor?

¡No! el caballo no es tan desdichado, ni tan imbécil como lo creéis. Para él, un lobo es un lobo, y no un médico. Desconfía, y no se entrega á él, como un ciego. Por lo que, algunas veces, menos complaciente que vosotros, el astuto corcel.

.....le tira una patada.

Que le pone en mermelada

La mandíbula y los dientes.

He aquí un hecho que prueba, por sí solo, que los animales no son más maltratados que los hombres.

Me acordaré toda mi vida. Atendía á un niño como de diez años, estaba atacado de una fiebre verminosa. Yo estaba, en los principios de mi práctica, y ciertamente estaba muy lejos de pensar en la Homeopatía.

El niño rehusó constantemente tomar las pociones negras y nauseabundas que yo le hacía preparar; ni mi paciencia en cada una de mis frecuentes visitas, ni la solicitud de sus desolados padres, pudieron vencer su obstinación á rechazar todo remedio.

Un viejo práctico fué llamado en consulta. El miserable, tomando la última mirada por un síntoma de compresión cerebral, y el estertor de la agonía por un atascamiento pulmonar, prescribió el emético para hacerle vomitar, y un ancho vejigatorio, sobre toda la extensión de la cabeza. El cuero cabelludo fué razurado, y se aplicó el emplasto.

En vano me revelé con todas mis fuerzas contra la barbarie de ese viejo — la familia, empeñada — según la expresión de Sgaanello — «en tomarle por un hábil hombre,» consintió en esta maniobra salvaje, y el niño expiró, en medio de las más crueles torturas.